

## Sobre la guerra

### Cartas a un amigo

#### SIEMPRE GIBRALTAR

Querido Antonio: Pierdo ya la cuenta de las veces que he tratado el tema en estas cartas; pero he y que tratarlo sin descanso; y aun así, hay empedernidos aliados que no paran mientes en que el recobro de esa plaza representa para España el de su libertad y su independencia, amén que la cesación de una vergüenza secular, y el principio de su rehabilitación ante la Historia.

Espiritus menguados hay que juzgan imposible la realización de estos patrióticos anhelos. Bien avenidos con nuestra decadencia, juzgan aventurado cualquier propósito, cualquier deseo de romper la coyunda de Inglaterra, y verían pasar, a ser posible, otras dos centurias en vergonzosa inacción y servidumbre.

Don Eduardo Dato parece ser de éstos. Al comentar el discurso de Maura, hubo de tachar de cándido, la aspiración del grande hombre a restaurar nuestro perdido poderío, mediante el dominio del Estrecho. Y es que hemos vivido siempre con el prejuicio del poder de Inglaterra, con el miedo a sus acorazados, y creyendo un sueño generoso sin realidad posible contrastarla.

Los submarinos alemanes han venido a sacarnos del error, a demostrarnos que ese poder, muy efectivo antes de esta guerra, ha terminado por ahora. Estamos en la situación, y sentimos la alegría del preso a quien se le facilitan los medios de evadirse y cobra aliento con la idea de respirar pronto el aire libre de los campos. Inglaterra, a su vez, va a verse pronto haciendo el papel de esos peteles puestos en los bancos para espantar a los gorriones, que acaban por perderles el miedo, y hacer enojar de ellos cuanto les viene en gana.

Desde el momento en que los

acorazados resultan ser unos fantasmones inservibles, todos podemos hablarnos de tú en los mares, disponiendo de minas y submarinos, que están al alcance de todas las fortunas, y decirle nosotros a esa nación que ha sido nuestra carcelera:—«Señora mía, Usted se apoderó piratescamente de esa plaza española, que se llama Gibraltar, y ha venido deteniéndola por espacio de dos siglos. Haciendo en ella centro con el compás de su voluntad omnimoda, y tomando por radios los sucesivos alcances de los cañones, ha trazado circunferencias concéntricas, dentro de las cuales se nos prohibía fortificar el solar patrio, lo mismo que la costa de enfrente, española también, y también mediatizada.—Nos ha hecho usted pasar por la vergüenza de la internacionalización de Tánger, todo para poner a cubierto de nuestros tiros ese Peñón de sus amores, y robarnos también nuestra legítima influencia en el Estrecho.—Usted bien comprenderá que España, que no ha merecido como usted, los dictados de soberbia y de pérdida, sino los de la noble y caballeresca España, sólo teniendo atadas las manos, ha podido soportar que se le cruce tantas veces el rostro, sin tomar venganza de los ultrajes, y recuperar su robada prenda.—Las circunstancias han variado, Señora, y se le impone a usted el inmediato desahucio de esa posición que creyó inaspugnable.—Si alguna fuerza pudiera necesitar nuestro mandato, nos la ofrece esa otra nación modelo, que le ha dado a usted, y le está dando, lecciones de inventar, de fabricar, de comerciar, de navegar, de combatir y de gobernar, y que tiene el mismo interés que nosotros en que suelte usted esa presa.—Y la soltará. ¿Pues no la ha de soltar?

Que Alemania tiene en ello el mismo interés que nosotros ¿quien lo duda? Oye lo que dice la Vossische Zeitung, de Berlín, de hace unos días:

—«Pero Alemania necesita imperiosamente decir con claridad

que solo devolviendo Gibraltar a España, puede establecerse el equilibrio en el Mediterráneo, por el cual luchamos los alemanes con las armas. España debe saber que únicamente la espada de Alemania puede sacar la espina de Gibraltar que lleva clavada en su sangre.

Es cierto. Desde el principio de la guerra, y después, al hacer proposiciones de paz ¿a qué ha dicho que aspira Alemania? A preverse contra ulteriores y traidores ataques como el que ha sufrido; a asegurar el pacífico desarrollo de su vitalidad, y a que sea un hecho la libertad de los mares.

Dime tú, ahora, si esta última parte puede realizarse, siendo dueña Inglaterra del Mediterráneo, desde su entrada por el Estrecho, hasta su salida por el Canal de Suez. El equilibrio de fuerzas en ese mar, camino de Inglaterra a sus riquísimas colonias, de donde trae los millones de libras que la guerra le cuesta, y los miles y miles de hombres con que va rellorando las trincheras de Francia, exige que lo que ella pierda lo gane España, y que la suma de fuerzas suyas y de Francia y de Italia, (si es que su amistad continúa después de la guerra, que lo dudo), se equilibre con la de la nuestra y la que nos aporte Alemania con su poder marítimo, sobre todo, de sus submarinos, a cambio de las bases navales de nuestros puertos y nuestras islas. Y de este modo a todos nos convendrá vivir en buena amistad, porque todos seremos fuertes.

Lo que no admite duda es nuestra definitiva emancipación, manumisión, mejor dicho, de Inglaterra. Gane o pierda ella la partida, lo seguro es que el pueblo español no ha de ir ya más en su compañía. Ingrata con nosotros, que tanto la hemos favorecido, así como a Francia, proveyéndonos de metales, de armas y municiones, nos ha correspondido con las irritantes intromisiones de sus cónsules, con el bajo espionaje comercial de las listas negras, y con tantos atropellos a

nuestros barcos, hasta dentro de nuestras zonas marítimas; se han removido con esto los pozos de nuestra memoria, abiértose sangrando las heridas de los antiguos agravios; y nuestra repugnancia a entrar en la guerra es principalmente, la que sentimos a la idea de dar nuestra sangre por intereses británicos.

A la guerra debemos este rompimiento, que ha de ser la base de nuestra futura grandeza.

Tan cierto es, como dice el refrán, que no hay mal que por bien no venga.

Siempre tuyo afectísimo amigo

R. SÁNCHEZ MADRIGAL

## La cochinilla

Una cochinilla habita  
bajo la raíz de un pino,  
y este perpetuo destino  
de tal manera la irrita,  
que llamando a un cigarrón  
le dice:

—¿Quieres llevarme  
en tu lomo, y colocarme  
encima de aquel florón?

Pues de este pino cautiva  
ya me cuesta gran trabajo,  
vivir siempre de él debajo,  
quiero ahora habitarlo arriba.

El cigarrón accedió  
a su deseo, y de un salto  
en el pimpollo más alto  
del pino la colocó.

Mas no bien quedó allí sola  
movió las ramas el viento  
y rodó desde su asiento  
al suelo, como una bola,

Quien sin mérito, escalar  
ha conseguido la altura,  
en ella lo más que dura  
es el tiempo de llegar.

RODRIGO MARTOS

## Contra las ingerencias extranjeras

### LAS LISTAS NEGRAS

No puede darse nada más vejatorio, de un mayor ultraje para la conciencia de un país libre que esa intrusión de los cónsules extranjeros en la vida in-